

# El jazz suena en el corredor de la muerte

Keith LaMar, un pianista  
y la realidad de las prisiones  
en Estados Unidos

Albert  
Marquès



Albert Marquès

EL JAZZ SUENA EN EL CORREDOR  
DE LA MUERTE

Keith LaMar, un pianista y la realidad  
de las prisiones en Estados Unidos

Con la colaboración de  
Joaquín Arias

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2023

*El jazz suena en el corredor de la muerte*  
*Keith LaMar, un pianista y la realidad de las prisiones en Estados Unidos*  
Albert Marquès

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.  
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Albert Marquès, 2023

© de la redacción, Joaquín Arias, 2023

© del prólogo, Esteban Beltrán, 2023

© de la traducción de las canciones, Marina Castells

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-569-2

Depósito legal: B. 11.713-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Gómez Aparicio



# 1

## LA HISTORIA DE KEITH LAMAR

*La música que estás a punto de escuchar proviene del reino de lo imposible. Es algo que, en el mundo real, no debería poder consumarse. Sea o no capaz de evitar que esta gente me asesine, ahora mismo estás escuchando mis últimas voluntades y mi testamento: la consumación de todo lo que he soportado, aprendido y conquistado.*

KEITH LAMAR, *Calling All Souls*

Dos años después de la muerte de John Coltrane, uno de los grandes intérpretes y compositores de la historia de la música negra estadounidense y del jazz, y cuando aún resuenan los temas de *A Love Supreme*, un disco que —como veremos— tiene mucho que ver en toda esta historia, nace Keith LaMar. Estamos en 1969 y su infancia no difiere de la de cualquier otro niño afroamericano nacido en un barrio —al que él se refiere como *the Village*— de la zona este de Cleveland, en el estado de Ohio. Son años marcados por una ciudad que se derrumba económicamente, tras una crisis provocada por el cierre de varias fábricas metalúrgicas —el abuelo de Keith trabajaba en una de ellas, Republic Steel— y un aumento de los precios que provocaron que Cleveland tuviera la tasa de paro más alta de Estados Unidos. Con una gran inflación y un desempleo del 13,8 %, durante una década la ciudad se declaró incapaz de

cumplir con los préstamos federales<sup>1</sup> y llegó a perder un 23,6 % de su población entre 1970 y 1980.<sup>2</sup>

Estas condiciones económicas, como es habitual, afectaron más a las clases con menos recursos y, especialmente, a los negros. Y también afectaron a Keith, hijo de una madre soltera que tendría que hacerse cargo de tres hijos. Ser negro y pobre en Estados Unidos era algo muy habitual en aquella época, y aún hoy lo sigue siendo. Aunque desde España podamos tener otra imagen, los afroamericanos representan tan solo el 12,6 % de la población estadounidense. Incluso hoy, los estudios —como el realizado por el Centro de Investigación Pew—<sup>3</sup> afirman que los negros de Estados Unidos tienen el doble de probabilidades de ser pobres o estar desempleados que los blancos y que, en términos de patrimonio neto, los hogares de afroamericanos tienen diez veces menos ingresos que los de blancos: la media patrimonial de una familia blanca es de 933.700 dólares; la de una negra, 138.200. Y estos son datos de 2020.

En los años de infancia de Keith, la situación de los afroamericanos era mucho peor, y aún luchaban por el fin de las leyes segregacionistas. Tras la famosa negativa de Rosa Parks a ceder su asiento a un blanco en un autobús de Montgomery (Alabama) en 1955 y la repercusión que tuvo —tras su caso, miles de negros se negaron a usar el transporte público durante meses hasta que lograron que se eliminara la segregación—, las acciones contra la opresión que sufrían los afroamericanos se multiplicaron por todo el país. En ellas jugaron un papel clave el pastor Martin Luther King, que se colocó a la cabeza del movimiento pacifista pro derechos civiles, y el activista Malcom X, quien pensaba que no se podía renunciar a ningún método para conseguir sus objetivos políticos. Las reivindicaciones de unos y las resistencias de otros hicieron arder Estados Unidos en aquellos años. Así, en 1960, en Carolina del Norte, un grupo de estudiantes afroamericanos se sentó en la barra de una cafetería de la ciudad de Greensboro donde solo se servía a blancos y se negó a levantarse hasta que acabaran con esa discriminación. En 1963, cuatro niñas negras fueron asesinadas por el Ku Klux Klan en un ataque a una iglesia en Birmingham, que dio origen a

que John Coltrane compusiera el tema *Alabama*. En 1965, asesinaron a Malcolm X. En 1966, el activista James Meredith fue tiroteado durante la Marcha contra el Miedo que había organizado en Misisipi. En 1968, después de que Luther King fuera asesinado por un francotirador en Memphis, Tommie Smith y John Carlos, dos atletas afroamericanos que subieron al podio a recoger sus medallas en los Juegos Olímpicos de México, alzaron su puño enfundado en un guante negro mientras sonaba el himno estadounidense: denunciaron así, ante los ojos del mundo entero, la opresión de las minorías raciales en su país. Son solo unos ejemplos que ayudan a entender por qué el Black Power, el poder de los negros, se convirtió en símbolo del orgullo afroamericano y en una forma de protesta contra la segregación y la opresión racial. En 1969, el líder del movimiento revolucionario negro Black Panthers fue asesinado por la policía. Se llamaba Fred Hampton y el FBI lo mató mientras dormía en su cama —la película *Judas y el mesías negro* (2021) relata los hechos—. En 1970, cuatro estudiantes pacifistas de Ohio que se manifestaban contra la guerra de Vietnam en la Universidad Pública de Kent fueron asesinados a plena luz del día por la Guardia Nacional de Ohio durante la protesta que llevaban a cabo en el campus.<sup>4</sup> Y en este mundo inestable, racista y violento nació y creció Keith.

La reacción de los distintos estados durante los años setenta fue, por un lado, ir abriendo la mano en cuanto a derechos civiles para las minorías se refiere, mediante la supresión de algunas leyes discriminatorias —en 1965, por ejemplo, se aprobó una ley que garantizaba constitucionalmente el derecho a voto para los afroamericanos—.<sup>5</sup> Pero, por otro, también comenzaron a ejercer una nueva presión, menos visible, sobre la población negra, a la que aún se veía como conflictiva. El supremacismo blanco seguía en las instituciones y la violencia entre los que querían mantener sus privilegios y los que luchaban por conseguir la igualdad y más derechos se intensificó. Quizá todo este tira y afloja en las leyes explica por qué en 1972 la Corte Suprema ilegalizó la pena capital a nivel estatal y federal —hecho que fue aplaudido por las organizaciones pro dere-

chos humanos—, pero tan solo cuatro años más tarde, sin apenas explicación, se permitió que algunos estados la reestablecieran.<sup>6</sup> Nuevos derechos para todos, sí, pero sin pasarse.

Este era el ambiente en Estados Unidos hacia 1970, una olla a presión a punto de estallar, y el barrio negro en el que nació Keith LaMar no fue ajeno a ello. Las dificultades económicas y toda esa lucha por los derechos civiles de los afroamericanos afectaron a la familia de Keith e hicieron que su infancia no fuera fácil. La opresión económica y racial se percibía en un vecindario de clase trabajadora, deprimido e inseguro, donde proliferaban el desempleo, el alcoholismo y las drogas. Como aseguraría el protagonista de esta historia años más tarde en una entrevista, en aquel barrio pobre donde todos trabajaban en la industria del acero la comunidad se mantenía con la solidaridad y, cuando lo necesitabas, «podías ir a casa de cualquier vecino a cenar, no era algo extraño».<sup>7</sup>

Keith no llega a conocer a su padre, pero no crece solo: su madre, Kathy, trabaja para cuidarlo y sacarlo adelante a él, a su hermana y sus dos hermanos. El pequeño toma a su tío Dwight —al que llama tío Mannie— como referente paterno. También tiene el apoyo de su abuelo Harry, así como de Harriet y Carolyn, hermanas de su madre, y de sus primos. Se sentía protegido en su burbuja familiar, tal como afirma en uno de los textos que aparecerán años después en su disco: «Ya sabes, para protegernos del dolor de conocer la verdad, nunca nos contaron en qué tipo de sociedad habíamos nacido».<sup>8</sup> A los siete u ocho años, su madre inició una relación con otro hombre y se trasladaron a otro barrio de Cleveland. Según asegura Keith, su padrastro ejerció con ellos un carácter abusivo, tanto emocional como físico y sexual.

Fue precisamente al mudarse cuando tomó conciencia de que era uno de los niños más pobres del barrio: los otros niños se burlaban de su ropa y su aspecto desaliñado, porque su madre y su padrastro apenas tenían tiempo de ocuparse de él y le permitían salir a la calle sin peinarse. De aquella época, en la que iba a la escuela pública Cranwood y practicaba baloncesto, recuerda un momento especial: cuando a los nueve años, mientras jugaba con otros chicos del ba-

rrio, encontró una caja llena de discos de vinilo en un coche abandonado al final de su calle. Era una buena colección de *soul*: Marvin Gaye, Isley Brothers, Lionel Ritchie, The Commodores, Larry Graham... Y se la llevó a casa, tal vez para refugiarse en su cuarto y aislarse de las duras condiciones de su nuevo vecindario. Protegido por la música —que tendrá un papel determinante en su vida—, aguantó hasta la adolescencia. Pero cuando el mundo que te rodea está lleno de agresividad y de falta de oportunidades cada vez se hace más difícil salir del barrio, tanto física como mentalmente.

Para intentar ganar algo de dinero con el que comprarse ropa de marca y que sus compañeros dejaran de reírse de él, Keith comenzó a trabajar cortando el césped de sus vecinos y repartiendo periódicos. «No creo que se dieran cuenta, pero los otros niños me estaban enseñando que lo importante era lo que tenía, no quién era», afirma. Y esa idea equivocada guio su adolescencia.

Keith creció rápido y ya desde los trece o catorce años tuvo problemas con la justicia. A esa edad, comenzó a ejercer de camello y la policía lo detuvo mientras conducía un coche robado en Cleveland. Admitió su culpa y, debido a que su padrastro no quiso hacerse cargo de la multa, el juez lo envió seis meses a un centro de menores. Cuando regresó al barrio, decidió que era el momento de marcharse de casa y con solo quince años volvió a traficar con drogas para pagarse un apartamento. Vendía en las mismas calles que le vieron crecer: «Al igual que muchos otros jóvenes del vecindario infestado de droga en el que vivía caí en el narcotráfico», afirma en su libro.<sup>9</sup> En muy poco tiempo, conducía un Mercedes, lucía relojes Rolex, pasaba las horas jugando a los dados y tenía un montón de «amigos», entre los que había algunos de esos niños que se habían reído de él por ser pobre. Con un ritmo de vida así, no tardaría en dejar el instituto para meterse en nuevos problemas. A los dieciocho años fue sorprendido robando en una joyería. También en esa ocasión asumió su error y no negó los cargos que le imputaron: se declaró culpable y fue sentenciado a dos años de prisión.

Estados Unidos tiene uno de los índices de reincidencia más altos del mundo: aproximadamente el 80 % de los presos vuelven

a delinquir antes de cinco años tras ser puestos en libertad.<sup>10</sup> Una cifra totalmente inversa a la tasa de reincidencia en España, donde no se alcanza el 20 %. Es decir, en Estados Unidos ocho de cada diez personas que salen en libertad regresan a la cárcel; en España, justo la misma proporción no vuelve a delinquir.<sup>11</sup> Las diferencias entre ambos sistemas penales —el estadounidense, fundamentado en el castigo, y el español, basado en la reinserción— son notables y condicionan el destino de los presidiarios una vez que cumplen su condena. Ser encarcelado en Estados Unidos o en la mayoría de los países de Europa —las tasas de reincidencia en Suecia y otros países de la UE son similares a la española— puede conllevar grandes diferencias en cómo el recluso afronta su futuro fuera de la cárcel. A diferencia de lo que ocurre en las cárceles estadounidenses, en los sistemas penitenciarios europeos se considera la rehabilitación del preso y se busca que pueda reintegrarse en la sociedad tras cumplir su condena. No es fácil, pero ese es el objetivo. Para lograrlo, es necesario que los reclusos tengan la oportunidad de convertirse en personas con autonomía una vez fuera de la cárcel.<sup>12</sup> Y que crean que su rehabilitación, que su regreso a la sociedad, es posible. Para ello, las políticas penitenciarias de hoy día intentan garantizar que no haya dos choques: uno a la entrada y otro a la salida de prisión, algo difícil de lograr porque el encarcelamiento conlleva inevitablemente la privación de ciertas responsabilidades —como la de mantenerse por uno mismo— e implica una desocialización y una pérdida de contacto con la realidad de nuestro tiempo —por ejemplo, en cuanto a tecnología se refiere, los presos tienden a estar desactualizados, ya que no se permite el uso de móviles y el acceso a internet es muy limitado, hechos que los limitan a la hora de conseguir un trabajo—. La educación, la formación profesional, acuerdos con empresarios para facilitar a los presos un trabajo estable una vez fuera o proyectos como acabar de cumplir condena en pisos tutelados se llevan ya a cabo en sitios como Cataluña y son un intento de proporcionarle una segunda oportunidad al exconvicto para que no vuelva a estar entre rejas. Pero en la época de LaMar, ni siquiera se utilizaba el término

«reinserción». De hecho, en Estados Unidos nunca oigo mencionar esta palabra, ni ahora.

Decíamos que es difícil huir de las condiciones del barrio que te ha visto crecer... Pues bien, Keith cumplió con la estadística estadounidense y, una vez concluida su pena por robo, en 1989 cometió su segundo delito. No tenía salida: la prisión no le había enseñado nada que le permitiera tomar otro camino. Pero esta vez el crimen sería mucho más grave. «Toda mi vida he estado escapando —afirma en su libro autobiográfico—.<sup>13</sup> [...] Escapé de mi infancia creciendo demasiado rápido; de mis amigos y mi familia, convirtiéndome en un criminal; de mi educación, dejando la escuela; de mi comunidad, vendiendo droga a los vecinos; y, por último, como una última y definitiva ofensa a mí mismo, le quité la vida a alguien, mi escapada final.»

### **Droga en las calles: el problema del crack**

En la década de 1980, los años de adolescencia de Keith, el crack invadió los barrios pobres de las grandes ciudades de Estados Unidos hasta tal punto de que las autoridades sanitarias hablaban de epidemia. Y el este de Cleveland no fue ajeno a ello. El aumento en las calles de la violencia y la delincuencia asociadas a las drogas supuso todo un problema para la nación e hizo que el presidente tuviera que tomar medidas a nivel federal. Todo ello condujo a que se endurecieran las penas por posesión y tráfico de drogas, tal como anunciaría por televisión Nelson Rockefeller, nieto del magnate del petróleo y vicepresidente de la Administración de Richard Nixon. Durante esta época se declaró la guerra a la droga, «un enemigo sobre el que hay que llevar una ofensiva abierta y plena»,<sup>14</sup> según decía Nixon en sus discursos, iniciando así una política de tolerancia cero que continuaría Ronald Reagan.<sup>15</sup> Cuando yo tenía diecisiete años se hablaba de la «guerra contra el terror» (*war on terror*) de George W. Bush. El término se usaba para justificar dos guerras inútiles y dolorosamente absurdas, Irak y Afganistán, y yo me pregun-

taba cómo podían «declarar la guerra» a un sustantivo. En un país extremadamente militarista como es Estados Unidos, existe una larga tradición de resolver las cosas «declarando la guerra» a lo que sea. Nixon declaró la «guerra al cáncer». Reagan llamó a su política *war on drugs* (guerra contra las drogas).

Como consecuencia, desde 1986, la legislación federal estadounidense sobre tenencia y tráfico de drogas se vuelve muy severa y se prohíbe tanto la posesión como el consumo de drogas en cualquier lugar. Su penalización varía en función de las cantidades, del tipo de droga y de la reincidencia o no del traficante o consumidor: aunque las leyes cambian de un estado a otro, en general, para las drogas consideradas blandas, la prisión supone penas de entre uno y dos años y medio; para las duras, de entre tres y cinco años.

Nada de esto llamaría la atención si no fuera porque la Ley contra el Abuso de Drogas establecía sentencias más altas para aquellos que fueran detenidos en posesión de sustancias estupefacientes que causaban estragos entre la población negra, como el crack, mientras que ser atrapado con cocaína en polvo —una droga más habitual entre blancos debido a su mayor precio— recibía menor castigo.<sup>16</sup> La comparación es significativa: cinco gramos de crack estaba penalizado con cinco años; sin embargo, para que te condenaran con esa misma pena si te detenían con cocaína en polvo debías llevar encima quinientos gramos. Es decir, cien veces más, a pesar de que la sustancia en sí es la misma y solo varía su forma y su uso: la cocaína en polvo se inhala, mientras que el crack, que se vende en piedras, se fuma, pero su composición es prácticamente idéntica. El Congreso justificó esta disparidad de sentencias de 100 a 1 por los graves daños sociales que conllevaba el uso de crack, que en la década de 1980 se asociaba con los delitos callejeros violentos, sobre todo en los barrios pobres —y negros—. Atajar la inseguridad en las calles era prioritario para el Gobierno de Estados Unidos, aunque a la larga las medidas adoptadas hicieron más profunda la brecha entre ricos y pobres, entre la mayoría blanca y las minorías racializadas, con negros y latinos a la cabeza. Las leyes castigaron, una vez más, la pobreza.<sup>17</sup>

La distinción de penas entre crack y cocaína en polvo produjo un gran impacto racial en apenas una década: incluso hoy, la mayoría de los delincuentes condenados por traficar o consumir crack son negros. Y durante años el Congreso ha rechazado las recomendaciones de la Comisión de Sentencias de Estados Unidos para reducir la diferencia entre las distintas penas asociadas a la cocaína en polvo y el crack. En la práctica, el tiempo demostró que, debido a esta política, las minorías afroamericanas recibían sentencias mucho más duras que los blancos por un delito similar. No fue hasta la llegada de Barack Obama, el primer presidente negro de Estados Unidos, cuando se puso un parche en el problema mediante una nueva ley aprobada en 2010: la proporción en las penas por posesión de estas dos sustancias se redujo a 18 y se tuvo en cuenta no aplicar condenas de cinco años a quien fuera detenido con crack por primera vez.<sup>18</sup>

En aquellos años de juventud de Keith LaMar ni siquiera se consideraba una posibilidad la llegada de un negro a la Casa Blanca. Como tantos otros compañeros de clase, Keith había dejado la escuela tras ver que las drogas eran una salida «fácil» a su pobreza. Su historia no habría pasado de ahí de no ser porque con la creciente epidemia de crack que asolaba Estados Unidos, la violencia a su alrededor se convirtió en algo habitual. Así, tras salir de la cárcel, Keith volvió a traficar en su barrio y, en un día que cambiaría para siempre su vida, fue asaltado a punta de pistola por dos drogadictos que entraron en su apartamento para robarle su mercancía. No era la primera vez que lo hacían: en otra ocasión el joven no se había resistido y les había dado sus joyas. Pero dos veces ya era demasiado. Keith reconoció a sus atracadores: uno de ellos era un antiguo compañero de colegio llamado Kenyatta Collins. Habían ido a clase juntos, y ahora la vida los ponía en contra en la batalla que se libraba en las calles. Keith era el camello; su antiguo amigo, el adicto que buscaba su dosis. Sin embargo, a pesar de la amistad que un día tuvieron, ninguno de los dos cedió y comenzaron a disparar.

Durante el tiroteo, LaMar acertó dos veces en el pecho a su antiguo colega y salió huyendo. Consiguió escapar bajo una lluvia de

balas, pero mientras corría fue alcanzado en las piernas por dos balas del otro ladrón. Logró alcanzar el vestíbulo de un edificio de apartamentos cercano y allí se desplomó inconsciente.

Su siguiente recuerdo es que una ambulancia le llevaba al hospital y que le operaron en un quirófano, mientras en la camilla de al lado intentaban salvar la vida de su antiguo compañero de colegio. Keith sobrevivió, pero Kenyatta no.

De nuevo, LaMar no negó los hechos ante el juez: se declaró culpable de la muerte de Collins y fue enviado a prisión para cumplir una pena de dieciocho años. Fue su primera desilusión con el sistema judicial, pues a pesar de reconocer los hechos, la pena que le impusieron fue bastante elevada. «Sí, yo le quité la vida a alguien, pero no fui un asesino. No lo maté a sangre fría, sin remordimientos y sin la tristeza que conlleva saber que has hecho algo irreparable», asegura en sus memorias.<sup>19</sup> Era 1989 y él tenía diecinueve años: la condena era prácticamente el tiempo que había vivido.

Durante meses en el Centro Correccional de Southern Ohio, Keith se preguntó por qué él había sobrevivido y su antiguo amigo no. Le parecía que todo había sido una cuestión de suerte, algo arbitrario, y que nada tenía sentido:

Haber estado tan cerca de la muerte me hizo abrir los ojos y darme cuenta de lo frágil que es la vida. En los cuatro primeros años que estuve encarcelado me saqué el bachillerato y me matriculé en el programa universitario, intentando, lo mejor que pude, redimirme a mí mismo.<sup>20</sup>

Muchas personas me han cuestionado por qué apoyo a alguien que ha admitido que ha asesinado a una persona. La primera vez que fui a visitar a Keith le pregunté directamente por este tema. Puedo decir que él sabe mejor que nadie lo que ocurrió y la culpa que sentirá hasta el día que muera. Ojalá las cosas se hubieran producido de otra forma. Pero él cometió un crimen y, a pesar de que era en defensa propia, reconoce que lo mató. Este tema me hace pensar en lo que podríamos llamar la «mitificación de la víctima»: cuando imaginamos a alguien oprimido, tenemos una imagen concreta en la

cabeza y necesitamos ver que es un héroe de película para realmente simpatizar con él. La vida no es una película y todos los seres humanos son muy complejos y tienen contradicciones, pero desafortunadamente poca gente piensa así. Creo que las autoridades del estado de Ohio sabían esto, y cuando buscaban un culpable por el motín escogieron a Keith porque creían que nadie iba a apoyar a alguien que ya había asesinado.

### **La prisión de Lucasville**

El Centro Correccional de Southern Ohio se encontraba en Lucasville, y tanto los presos como los funcionarios solían referirse a él con el nombre de esta localidad del condado de Scioto, en la región más al sur del estado de Ohio y de población mayoritariamente blanca. Para situarnos mejor, diremos que esta zona constituye la frontera entre el *Midwest* y el *South* (el Medio Oeste y el Sur de Estados Unidos), una zona muy conservadora del país. Lucasville es uno de los ejemplos más típicos de ciudad venida a menos que ha sabido mantenerse a flote gracias a la inyección económica que supone acoger una prisión. Hacia 1993 había perdido la mayoría de sus industrias y fábricas y tan solo el correccional servía para mantener a las familias de los que aún se negaban a marcharse de su tierra en busca de una oportunidad. Lucasville no era un lugar próspero y mucho menos atractivo para los inmigrantes: era un lugar para salir, no para quedarse. Entre sus aproximadamente 1.600 habitantes, el 97,10 % eran blancos, un 0,13 %, afroamericanos, y el resto, nativos americanos, asiáticos o latinos. En definitiva, una localidad de parroquianos de escasa formación y sueldos bajos, familias blancas que apenas habían salido de allí, que no interactuaban con negros y cuya opinión se basaba en prejuicios y estereotipos. Solo las instalaciones penitenciarias servían para aliviar el desempleo de este y otros municipios cercanos: la mayoría de las familias de Lucasville tenían a alguien trabajando con los presos o eran proveedores directos de la prisión.<sup>21</sup> Como veremos, este tipo de ciudad cuya supervivencia depende de un centro peni-

tenciario —y de que este se encuentre siempre ocupado con un número adecuado de reclusos— se da con frecuencia en Estados Unidos y es uno de los mecanismos que evitan la despoblación y el abandono de algunas localidades pequeñas. Lo mismo pasa con las bases militares e instalaciones del ejército estadounidense. Cuando me fui a vivir a Nueva York no sabía hasta qué punto muchas comunidades sobreviven gracias a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos: el Departamento de Defensa estadounidense es el mayor empleador del mundo.<sup>22</sup> No hay ninguna entidad o empresa pública o privada que dé trabajo a más gente en todo el planeta. Esto explica por qué la izquierda del país sufre mucho cuando denuncia casos de abusos y el gasto de cifras astronómicas en defensa o en el sistema carcelario. Millones de familias dependen de estas dos industrias para sobrevivir.

Como Keith pronto advirtió al llegar, el Centro Correccional de Southern Ohio era la típica prisión rural donde la mayoría de los funcionarios son ciudadanos blancos, con escasos ingresos, que vigilan predominantemente a presos negros: «Era un lugar donde abundaba el racismo, donde los guardias blancos solían lucir tatuajes racistas, como esvásticas nazis y relámpagos». \* Por lo que respecta al trato, Keith menciona que se «utilizaba con frecuencia el insulto *nigger* <sup>23</sup> —la forma más despectiva de llamar a un afroamericano en Estados Unidos por ser, entre otras cosas, la que se usaba con los esclavos—, y cualquier palabra o mirada cuestionable a una mujer blanca» por parte de los internos podía terminar en una paliza.

Otro preso de Lucasville de esa misma época, el hoy activista afroamericano Kunta Kenyatta,<sup>24</sup> señala el ambiente de opresión que experimentaban sobre todo los internos negros y asegura que no solo se sabía qué funcionarios eran simpatizantes del Ku Kux Klan, sino que el racismo también se daba entre rejas: algunos reclusos pertenecían a la Hermandad Aria, una asociación relacionada

\* Se refiere a la doble S con forma de relámpago que usaban las *Schutzstaffel*, la SS, el escuadrón de protección de Hitler encargado de ejecutar la política racial en la Alemania nazi. El entrecomillado corresponde al libro autobiográfico de LaMar ya citado, p. 5.

con el crimen organizado con miembros dentro y fuera de las prisiones estadounidenses y que es responsable de una cuarta parte de los asesinatos que se cometen dentro del sistema federal penal.\* En el bando opuesto, entre los presos de Lucasville había miembros de los Black Gangster Disciples (los discípulos negros del gánster), una pandilla carcelaria, también apoyada desde fuera, que estaba formada por afroamericanos que se defendían de los abusos de los blancos. En ese ambiente de rivalidad, racismo, odio y supervivencia, el conflicto estaba garantizado.

En 1990, tan solo unos meses después de la llegada de Keith, un interno le rebanó el cuello a la profesora Beverly Taylor dentro de la prisión, dejando en *shock* a las poblaciones de los alrededores de la prisión. El asesino recibió por parte de los guardias una brutal paliza que casi le causa la muerte, en lo que LaMar define como una muestra de aquella «justicia vigilante». La muerte de la profesora puso en evidencia que los funcionarios no estaban seguros en Lucasville y muchos ciudadanos pidieron que se cerrara el centro penitenciario antes de que ocurriera otra tragedia. El malestar creció fuera y dentro de los muros, y provocó la llegada de un nuevo jefe de la prisión. Este alcaide se llamaba Arthur Tate y era famoso por su mano implacable con los presos.

Bajo el mando férreo de Tate, la prisión endureció las reglas: se delimitó con líneas amarillas el suelo de los pasillos para marcar las zonas que los internos no podían cruzar, se les obligó a vestir siempre con la camisa por dentro, se recortaron los programas de formación y se limitó el tiempo de estancia fuera de las celdas. Si cruzaban las líneas amarillas, los guardias tenían luz verde para golpear a los presos en la cabeza y llevarlos a una celda de aislamiento —el agujero— a la espera de que se les aplicaran medidas disciplinarias.

\* Sus miembros suelen ser distinguibles por lucir tatuajes de las SS, runas vikingas, tréboles, iconografía nazi o celta e inscripciones como 666 o AB (iniciales de Aryan Brotherhood). Se trata de una banda de blancos supremacistas relacionada con las mafias irlandesa y mexicana, así como con el Ku Klux Klan. Se calcula que en las cárceles de Estados Unidos hay unos veinte mil presos asociados a esta hermandad, responsable de asesinatos selectivos dentro de las prisiones.

Tate también creó un buzón para denunciar de manera anónima a otros reclusos —algo que le permitiría justificar sus acciones más represivas sin dar explicaciones—, cambió las reglas sin previo aviso para dejar a los presos en una situación de indefensión, ordenó registros en las celdas a diario e incluso llegó a encerrar juntos a presos rivales; y evidentemente no lo hacía con la intención de que estos se sentaran a charlar para solucionar sus asuntos... Ante la presión ejercida desde arriba, en la cárcel diseñada por Tate la figura del soplón cobró gran importancia: algunos internos colaboraban con los funcionarios y denunciaban a sus propios compañeros para obtener algún tipo de beneficio, como protección, mayores raciones de comida, más tiempo en el patio, etc. Como consecuencia, la inestabilidad, los celos, las sospechas y las delaciones crecieron entre los presos y la vida se hizo aún más asfixiante en el interior de la cárcel.

Como también señala Kenyatta, en este ambiente de opresión y miedo se produjeron asesinatos entre internos, casi siempre en el gimnasio o tras un partido de baloncesto, a veces mientras algún guardia miraba hacia otro lado. Sin testigos, siempre quedaban impunes. Los presos comenzaron a referirse a la estrategia del alcaide Tate como Operación Shakedown, una serie de medidas severas que utilizaban el chantaje y la delación entre los internos y que tenían por objetivo incrementar la tensión para justificar la conversión de las instalaciones en una moderna cárcel de máxima seguridad. Y el plan tendría éxito, sobre todo cuando la prisión de Mansfield cerró y Lucasville tuvo que acoger a trescientos internos más, haciendo la situación aún más insostenible.

A pesar de todo el ambiente que lo rodeaba, durante su tiempo en Lucasville Keith se juró a sí mismo que lograría que su vida en aquel polvorín a punto de estallar tuviera algún sentido y volvió, según sus palabras, «al buen camino». Quería prepararse para el día que saliera de allí y lo hizo estudiando: se graduó en secundaria e incluso entró en el programa universitario; también se volcó en el deporte. En la cárcel de Lucasville contaban con un ring de boxeo y un pequeño gimnasio para que los presos pudieran entrenarse, así

que Keith se convirtió en un buen boxeador, decidido a pelear por una segunda oportunidad en la vida.

Todo este proceso de redención de Keith LaMar resulta significativo: asumía su condena, que cumpliría de la mejor manera, y mostraba su deseo de reintegrarse en la sociedad. Había matado a un hombre, sí, y lo lamentaría el resto de su vida, pero estaba dispuesto a pagar por ello y aferrarse a la segunda oportunidad que le ofrecería la vida una vez que cumpliera su pena y pudiera disfrutar de nuevo de su libertad. Si todo iba bien, no se metía en líos y tenía buena conducta, accedería a la libertad condicional tras cumplir doce años. Keith hizo cuentas: saldría con treinta y pocos, aún joven para empezar de nuevo. Por aquel entonces aún no podía imaginar que ese momento no iba a llegar.

### **El motín carcelario<sup>25</sup>**

La tensión en Lucasville se incrementaba cada día, tanto entre los propios reclusos como entre estos, los funcionarios y la dirección del centro penitenciario. «Así es como empezó todo, en la confusión, en el dolor, una chispa se convirtió en una llama»,<sup>26</sup> recita Keith LaMar en el álbum *Freedom First*. El invierno entre aquellos muros fríos y grises había sido duro, sin poder salir al aire libre, pero por fin el 11 de abril de 1993, Domingo de Pascua, se iba a abrir el patio de la prisión. A partir de las 12.30, tal como se informó por megafonía, los internos podrían salir para disfrutar de una mañana de primavera, respirando aire puro y recibiendo unos aún escasos rayos de sol. Keith había quedado con un colega para entrenar; querían aprovechar para correr al aire libre y ponerse en forma para los combates de boxeo que pronto tendrían lugar en la cárcel.

Cuando salió al patio, media prisión estaba ya allí: alrededor de trescientos internos se ejercitaban, paseaban o estaban sentados al sol. Keith y su compañero se habían propuesto correr quince millas —unos 24 km—, el equivalente a treinta vueltas al patio, así que, a

pesar de la multitud, comenzaron a calentarse. Aquella carrera bajo el sol era lo más parecido a ser libre.

Como estaba previsto, a las 14.45 la alarma sonó poniendo fin al entrenamiento y todos los presos comenzaron a formar filas para entrar en las instalaciones. Keith se colocó en su sitio y esperó, según la costumbre. Era un día como otro cualquiera y nada hacía presagiar lo que ocurriría unos segundos después. De repente, vio a un guardia que salía corriendo de la prisión con el rostro ensangrentado. Tras él, un recluso con la cara tapada lo perseguía con una porra que, vete a saber cómo, le había arrebatado.

—¡Nosotros estamos al mando ahora! —gritó el preso mientras golpeaba al guardia en la cabeza. Este se desplomó en el suelo, sangrando aún más, mientras el recluso regresaba al interior del edificio.

—¿Qué coño está pasando? ¿Qué mierda es esta? —se preguntaron Keith y sus colegas.

Se oía un gran alboroto dentro de las instalaciones. En un principio, nadie sabía qué ocurría, pero se intuía que aquello era algo más que una pelea entre presos o un altercado con los guardias. Aunque Lucasville era una de las prisiones más conflictivas de Ohio y no había día que un recluso no se peleara con un trabajador, aquella violencia no era normal. Nadie era ajeno a que desde hacía días una serie de presos musulmanes habían empezado a protestar porque no querían someterse a unas pruebas médicas que incluían un test de tuberculosis, alegando que se les iba a inyectar un suero que contenía alcohol, algo prohibido en su religión. Y también sabían que, el jueves o el viernes anterior, el alcaide les había dado un ultimátum a estos musulmanes: o se hacían la prueba o los encerraba en el agujero. ¿Era el enmascarado uno de ellos? La tensión subía por momentos.

Unos pocos minutos después, varios internos con la cara cubierta y armados aparecieron en el patio y anunciaron que habían tomado el módulo L y animaban a otros reclusos a unirse a la revuelta «porque todos, musulmanes o no», estaban oprimidos. Se confirmó entonces la sospecha de que aquello era más grande que una disputa con los guardias: había estallado un motín.

Tras ese llamamiento, se unieron a los rebeldes miembros de la Hermandad Aria y de los Black Gangster Disciples.<sup>27</sup> El levantamiento estaría así respaldado por tres facciones de prisioneros con ideologías muy distintas: musulmanes, neonazis y negros. Keith retrocedió hasta situarse junto a una mesa. No podía creer lo que veía y comenzó a preocuparse, porque era en el módulo L donde él tenía asignada su cama. Pronto corrió el rumor de que los rebeldes habían atacado a los guardias y les habían quitado las llaves para abrir las celdas y saquearlas aprovechando la confusión. Sin tiempo para reaccionar, y creyendo que la revuelta no duraría mucho, Keith decidió entrar en el edificio para poner sus pertenencias a salvo. Ropa, zapatos, un televisor y unas botas de boxeo de marca para las que había tenido que ahorrar durante meses... tal vez no fuera mucho, pero para él lo era todo. En aquel momento no sabía que esa decisión iba a cambiar su futuro.

Ya en el pasillo se dio cuenta de que había subestimado la revuelta. Fuera confiaba en que los guardias conseguirían controlar el motín, pero una vez dentro comenzó a asimilar la gravedad de la situación. En el corredor que conducía a su módulo, Keith se cruzó con su compañero de celda, Blood Cunningham, que sujetaba un álbum de fotos:

—No entres ahí —le dijo—. ¡Esos hijos de puta se han vuelto locos!

Pero ya era tarde para echarse atrás.

De camino a su celda vio ventanas rotas, el suelo plagado de cristales, fuego en varias esquinas, humo y reclusos agarrando televisores y radios. Y a varios guardias arrinconados en la zona de duchas, el lugar donde después asesinarían a un funcionario y a varios soplones. Cruzó el L-6, el módulo en el que más tarde sucederían las acciones más violentas del motín, donde tenía su cama asignada.

Cuando Keith llegó a su celda encontró a un tipo encerrado en ella, como un rehén. Era, como más tarde sabría, un soplón.

—¿Qué coño estás haciendo ahí? —gritó, pero no obtuvo respuesta.

Instintivamente, corrió hacia el cuadro de mandos e intentó acer-

tar el botón exacto que abría su celda. Un recluso con la cara tapada se lo impidió violentamente. Keith le explicó que necesitaba llevarse sus pertenencias, pero el enmascarado fue implacable:

—¡Tú, o te quedas aquí con nosotros o te largas ya!

Tras comprobar que la situación era más grave de lo que había pensado cuando optó por entrar en el edificio, Keith decidió deshacer el camino y volvió al patio junto a los otros presos; allí esperó a ver qué ocurría. Eran las 15.30. En total, apenas había estado diez minutos en el módulo L.

Poco después, una patrulla de la Policía Estatal de Carreteras de Ohio se desplegó por todo el perímetro carcelario, pero no intervino. Conscientes de que los amotinados iban a ir a por ellos de un momento a otro, los guardias reunieron a los internos que habían permanecido en el patio y los llevaron a otra parte de las instalaciones, para ponerlos a salvo y tenerlos controlados. Los registros de la prisión prueban que Keith estaba entre ellos. Desde ese módulo, los internos vieron como los enmascarados, armados con machetes, sacaban al patio los cuerpos de varios hombres.

A las dos de la mañana, la policía, a punta de pistola, condujo a Keith y al resto de los presos al módulo K, donde estaba el gimnasio. Allí los desnudaron, los esposaron con las manos en la espalda y los obligaron a sentarse en el suelo. Tras dos horas, los dividieron de diez en diez y encerraron a cada grupo en una celda. Desnudos, ateridos de frío, sin comer durante más de veinticuatro horas y en tan poco espacio, las discusiones no tardaron en surgir. En aquellos grupos de diez pegados piel con piel, la tensión pronto se hizo insostenible y muchos llegaron a las manos. Keith le propinó un puñetazo a un tipo llamado William Bowling «Shabaz», que se estaba comportando como un matón, acaparando unos pocos sándwiches, y después se produjo una dura pelea entre varios reclusos con fatales consecuencias: tras varios golpes, Bowling, con ayuda de dos presos más —Ricky Rutherford y Michael Childers—, aprisionó el cuello de Dennis Weaver con su brazo y —sin pretenderlo o no— lo ahogó. Keith miró hacia otro lado, siguiendo la primera regla que se aprende en la prisión: métete en tus asuntos.

«Sí, debería haber intervenido; habría sido lo más humano. Pero la verdad es que en ese determinado momento de mi juventud no estaba suficientemente en contacto con mi parte humana para entender lo que implicaba mi falta de sensibilidad. Decid que me falta corazón, si queréis. [...] No fui el único que se quedó quieto, todos lo hicimos.»

Keith y sus compañeros permanecieron junto al cadáver de Dennis Weaver hasta que los funcionarios se llevaron el cuerpo. Las represalias fueron duras: los tuvieron durante horas allí hacinados, sin apenas comer —solo les lanzaron algunos sándwiches entre los barrotes—, obligándolos a hacer sus necesidades en una placa turca en el suelo cuya cisterna solo podían accionar los guardias, que se negaron a darle a la palanca para que la fosa se fuera llenando y los reclusos tuvieran que soportar el hedor de sus excrementos y orines.

Nadie podría prever que fuera de allí, en el módulo L, el motín iba a continuar y que llevaría a un asedio de once días, en los que los presos retuvieron a siete guardias como rehenes hasta el 15 de abril. Hubo que recurrir a helicópteros, se desplegó a la Guardia Nacional de Ohio —enviada por el gobernador George Voinovich— y al FBI para reforzar a los agentes, junto con un equipo del SWAT\* armado hasta los dientes para controlar la situación y forzar la rendición de los amotinados.

Las negociaciones para acabar con aquella situación que había convertido Lucasville en un infierno se llevaron a cabo en el patio de la prisión entre representantes de los amotinados, de los guardias y unos mediadores. El encuentro, en el que se presentó una lista de peticiones, tuvo lugar delante de las cámaras de televisión. Final-

\* Los SWAT (Special Weapons And Tactics) son una unidad de policías con armas y tácticas especiales, como ametralladoras, fusiles de asalto, granadas de aturdimiento, armaduras corporales, escudos antibalas y rifles de francotirador. Están entrenados para desplegarse en operaciones de alto riesgo que quedan fuera de las capacidades de la policía, como secuestros, atentados terroristas o casos de narcotráfico.

mente, los reclusos se entregaron después de que el alcaide Tate firmara un documento con veintiún puntos en el que se comprometía a no tomar represalias.<sup>28</sup>

Al final, nueve reclusos y un guardia de la prisión —Robert Val-landingham, que fue estrangulado y arrojado al patio— perdieron la vida durante los once días de motín carcelario, el más largo de la historia de Estados Unidos.

Cuando la furia se apagó y las aguas volvieron a su cauce dentro de Lucasville, el estado de Ohio necesitó encontrar cuanto antes a los responsables de las muertes, así que casi de inmediato violó los puntos esenciales del acuerdo y emprendió acciones legales contra los presuntos líderes y otros reclusos que se negaron a cooperar con los investigadores. La prensa había sugerido que los internos fallecidos eran soplones, confidentes de los funcionarios de prisiones, y esto incomodaba mucho, porque significaba que el sistema no había podido protegerlos. Por supuesto, nadie iba a cuestionar al alcaide por haber generado con sus estrictas medidas el clima de tensión y miedo que hizo estallar la violencia. Nadie iba a señalar a las instituciones penitenciarias por permitir que entre sus muros crecieran el racismo y la violencia mientras los funcionarios miraban hacia otro lado. Tampoco se iban a cuestionar las medidas de seguridad ni la incapacidad de las autoridades para controlar a los presos y proteger a sus funcionarios. Lo necesario ahora era limpiar el buen nombre del estado de Ohio y sus dirigentes, encontrando a los culpables y condenándolos de manera severa y ejemplar. Si hacía falta, se buscaría a un chivo expiatorio, porque lo importante era calmar a la prensa y a la opinión pública —que reclamaba el cierre de Lucasville— y dar carpetazo al asunto lo antes posible. Ahí es donde comenzaron los problemas para Keith.

### **¿Truco o trato? Delatar a los compañeros o asumir la culpa**

Las investigaciones corrieron a cargo del fiscal general de Ohio y se iniciaron con la fase de recopilación de material físico y pruebas

forenses. Sin embargo, pronto se vio que los indicios materiales no podían tomarse en consideración, pues los investigadores estatales habían pisoteado el lugar y contaminado todas y cada una de las posibles pruebas: «La escena del crimen era un desastre —afirmó Mark Piepmeier, fiscal especial e investigador principal de los asesinatos de Lucasville—. Como podrán imaginar, pasaron muchos reclusos por allí durante once días».<sup>29</sup>

Aun así, se recogieron más de 22.000 muestras, como colillas, huellas dactilares, posibles armas, restos de sangre, etc., pero el laboratorio criminalístico no pudo determinar nada concluyente en los análisis porque todo había sido contaminado. En esas circunstancias, la investigación se centraría exclusivamente en testimonios. Cincuenta prisioneros serían acusados y juzgados. Keith LaMar fue uno de ellos. Pero, como veremos, todo su proceso se hizo con prisa, sin respetar sus derechos y con una argumentación retorcida y contradictoria por parte del estado.

Las dificultades para determinar quiénes habían sido los líderes del motín y la necesidad de mostrar lo antes posible ante la opinión pública a un culpable se encuentran detrás de una actuación de la Fiscalía que resultó, cuando menos, cuestionable. Sin evidencias físicas que conectaran a los reclusos con los crímenes, la investigación llevada a cabo por el estado de Ohio tendría por misión construir un relato veraz que funcionara en los tribunales antes que descubrir exactamente qué había ocurrido durante los once días de revuelta en Lucasville. Había que encontrar a los líderes del motín y a los testigos que podían incriminarlos. Y había que hacerlo cuanto antes.

Tras las declaraciones de los guardias que habían sido capturados como rehenes, los primeros interrogatorios a los posibles líderes del motín fueron infructuosos y pronto los responsables del estado de Ohio se dieron cuenta de que hacer que los internos hablaran y se delataran entre ellos no resultaría fácil sin ofrecerles algo a cambio. La ley del silencio reina en las prisiones, y en la jerarquía carcelaria no hay peor recluso que un chivato —como pudieron comprobar en carne propia los soplones asesinados durante el motín—. Si nadie hablaba, habría impunidad para todos.